

# LA CARTA DE JUAN DE LA COSA: TRADICIÓN Y ORIGINALIDAD EN SUS ASPECTOS DECORATIVOS

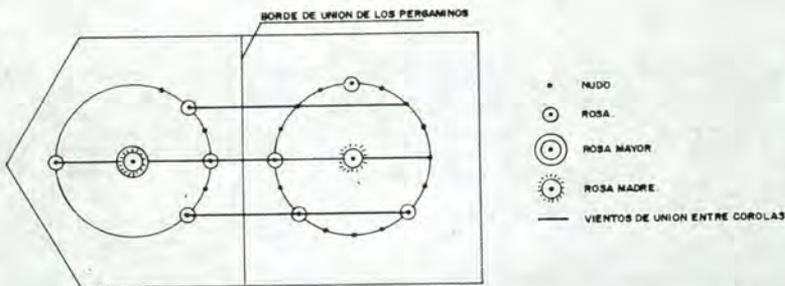
Hugo O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA  
Historiador

## El esquema cartográfico de la carta de Juan de la Cosa

En toda carta náutica o mapamundi lo fundamental es el trazado de las costas y su correspondiente toponimia: la decoración, ya sea cartográfica (rosas, nudos, vientos, eolos, barcos...) o histórico-mítica (reyes, ciudades, monstruos, personajes...), se emplea en aquellas partes que interesa rellenar a efectos estéticos como son los grandes espacios marítimos y el interior de los continentes.

La carta de Juan de la Cosa no es solamente un documento cartográfico e histórico de primera magnitud, sino también es una obra de arte y está hermosamente iluminada, aunque en este aspecto sea inferior a otras anteriores de las escuelas mediterráneas italiana, catalana y mallorquina y será superada por la cartografía portuguesa.

Fernández Duro compara la Carta con las de la época que a él le tocó vivir (siglo XIX), afirmando existir la misma diferencia que la que habría entre un códice miniado y un impreso de edición barata.



Estructura de la carta de Juan de la Cosa.

La incursión del tiempo y las vicisitudes por las que ha pasado este documento han repercutido muy desfavorablemente en su estado de conservación por lo que en ocasiones cuesta encontrar el meritorio trabajo artístico tras la desdibujada imagen actual de imposible restauración y recuperación.

Aunque el cartógrafo terminó prácticamente la totalidad de su trabajo, el encargado del pincel y los colores no culminó su tarea, ni llevó ésta a cabo de forma irreprochable.

El iluminador relleno también precipitadamente de color litorales llegando incluso a borrar la paciente labor toponímica, como se ve claramente en diversas partes de la costa occidental africana, a la altura de lo que posteriormente se conocería como Senegal, Camerún y Angola, pese a ser esta prevención una de las primeras normas de todo maestro de cartas, ya que como indica García de Palacio «si quisiere después yluminarla..., bien se puede trazar como con la pintura no se encubra, y oculte alguna ciudad, Puerto, ò otra arte necesaria à la navegación»<sup>1</sup>.

Por otra parte, refleja un notable primitivismo en la factura de las figuras, que pese a estar inspiradas, como todos los demás motivos ornamentales de la Carta, en la decoración cartográfica catalana y mallorquina, son notablemente inferiores, de lo que se infiere que el responsable de este aspecto fue también novel, como novel era la escuela cartográfica que con éste y otros mapamundis se iniciaba en la costa atlántica andaluza, al impulso de los nuevos descubrimientos.

La decoración puramente cartográfica (planteamiento general, nudos y rosas), es sin embargo muy digna de consideración.

Los haces de vientos tienen como misión facilitar en las cartas náuticas la elección de un rumbo y su seguimiento y el situarse con los rudimentarios instrumentos de navegación. Este sistema se adopta también en la carta de Juan de la Cosa, aunque nadie tiene intención de usarla como carta náutica, ya que este sistema permite también calcular distancias y situar trazados, así como trasladar apuntes.

Siguiendo una larga tradición previa, los ejes de haces de nudos, o vértices se aprovechan para convertirlos en motivo de decoración en forma de vientos.

La estructura de rumbos está basada en dos arañas completas o sistemas independientes de corolas con algunas conexiones.

Las rosas de vientos forman también dos ejes en flecha, marcando dos direcciones sobre las que se quiere llamar la atención. La primera flecha señala claramente al Oeste, y está formada en su punta extrema por una rosa de las de

---

<sup>1</sup> GARCÍA DE PALACIO, D.: Instrucción Náutica para navegar. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1944. Libro III, pág. 73.

menor tamaño junto a la imagen de San Cristóbal, la principal en el centro y un arco formado por otras tres, de las que las dos de los extremos son de tamaño mediano y la del centro, pequeña. Su dirección marca la que se ha de seguir para seguir a China a través del estrecho, según la concepción colombina. La segunda flecha señala al Norte con una rosa pequeña en la punta, la principal que es a la vez ombligo de la segunda corola, de tamaño medio, y un arco posterior formado por dos rosas de tamaño medio en los extremos y un simple vértice en el centro. La segunda flecha de rosas y nudos, realizada para equilibrar el sentido longitudinal de la primera y crear un eje completo de coordenadas, está orientada, como hemos indicado, en dirección NS.

### Las dos ilustraciones principales

La roca principal, ombligo de la corola del primer pergamino en la que se representen cuatro rosas menores y tres vértices, es la mayor y más característica de todo el documento.

Presenta una xilografía de la Virgen María con el Niño en los brazos ante el pesebre y flanqueada por sendos ángeles, que representa la Navidad. La imagen está orientada hacia la parte derecha del plano, como dando la bienvenida a cualquier navegante hacia occidente y reforzando la dirección de la flecha de rosas.

Está realizada sobre cartón separado, recortada y pegada sobre el pergamino, constituyendo un motivo a la par bello y original, sin precedente alguno, aunque con una clara influencia italiana de los prerrafaelistas. Algún autor ha querido ver en esta composición una referencia al fuerte de la Navidad, construido en la costa norte de La Española con los restos del que fuera buque de Juan de la Cosa, y aunque no hay mayor base para afirmarlo, no debe tampoco descartarse, dada la gran tendencia a la simbología que manifiesta la Carta.

Este sistema fue empleado en el escudo que ocupaba el interior de África austral y del que sólo resta la corona y marco, tras haberse desprendido el recortable con los cuarteles correspondientes.

La Virgen María, también con el Niño en brazos, se manifiesta como «portadora», la principal, bajo cuya protección ha podido el Almirante cruzar ese océano, y que, colocado de derecha a izquierda y no de arriba a abajo, recibe a los navegantes que vengan de Oriente de la misma forma que recibió a los Magos, a la vez que abarca con los rayos de su misericordia que vienen a coincidir con los vientos, todo el nuevo ámbito marino.

Estas rutas posibles o «rumbos» también se denominan «vientos», porque en el mar y en esta época no es posible seguir una derrota, una ruta, sin el auxilio del viento.

Para señalar aún más este hecho incuestionable, el arte pictórico y la es-

cultura inventaron el personificar, generalmente como un ángel-niño con los carrillos hinchados el motor del viento. En cartografía surgieron los «soplones» o eolos.



Detalle de la gran rosa de los vientos.

Cuatro cabezas de eolos o «soplones», insuflado los vientos y formando con su soplido nubes algodonosas en los rumbos cuadrantes de la rosa principal del cuarterón correspondiente el primer pergamino, decoran el atlántico con un nuevo detalle de originalidad; no se trata de los clásicos angelotes de carrillos hinchados, que se venían repitiendo desde la carta mallorquina de Angélico Dulcert de 1339, sino de marineros adultos tocados con la barretina roja con vuelta y forro azul que caracterizaba su oficio juntamente con el bonete colorado, como los que regaló Colón a los naturales de Guanahaní, y que se mantendría en uso hasta bien entrado el siglo XIX.

De ellos el situado más al Norte, con gola, pelo largo y rubia barba partida, representa un tipo nórdico propio de las regiones islandesas donde está situado; el que aparece en el Caribe tiene en cambio la barba negra de los españoles que descubrieron esas partes y el almirante Guillén insinúa la posibilidad de que se trate de un autorretrato de Juan de la Cosa; los dos restantes tienen claros orientales.

Otro soplón continental inacabado relacionado con alguna divinidad lunar, aparece en las llanuras del Asia Central; es el viento del Este, el de las estepas mogolas, cruel fustigador de caravanas

Presidiendo el mapamundi en su extremo izquierdo, y orientado de igual forma que la imagen de la rosa principal, un dibujo representa a San Cristóbal con el Niño sobre los hombros.

La pintura está encerrada en una cartela rectangular, lo que ciertamente sorprende, ya que éstas, como los pitipiés o troncos de leguas, solían situarse en la carta «en una de los partes más desocupadas della»<sup>2</sup> y no cortado el continente y la línea de costa.

Según la leyenda cristiana, el gigante Ofelio, que había jurado no servir sino al más poderoso de los reyes, encontró llorando en una orilla a un niño que suplicaba que le llevasen a la otra; conmovido el Gigante, lo puso sobre los hombros y le fue cruzando la corriente; conforme iba avanzando, notó que el peso del niño aumentaba, y una vez al otro lado, le preguntó intrigado el motivo de su gran peso, a lo que el niño respondió identificándose como el constructor del Universo.

Como San Cristóbal (Christos-ballos, el portador de Cristo), nombre con el que a partir de entonces se conocería a Ofelio, su homónimo Colón había llevado el cristianismo de una orilla a la otra del atlántico.

La imagen es pues un homenaje a la figura de Colón y un símbolo del Descubrimiento.

San Cristóbal en plena tarea de pasar el río, ha finalizado ya su misión, puesto que ha llegado a una orilla que se representa fangosa y con plantas acuáticas, y en ella apoya su báculo. Exactamente iguala como aparece en el inmenso fresco de la magnífica iglesia prioral de esta ciudad portuense.



Cartela de San Cristóbal.

<sup>2</sup> GARCÍA DE PALACIO, D.: *Instrucción Náutica...* Libro III, folio 75 vto.

El portador de Cristo, que invitaba a seguirle hasta China por un canal sin obstáculos, ha decidido asentarse, obstaculizándose con adornos, dibujos y pintura el acceso.

El palo apoyado sobre tierra parece por su parte hacer entrar el juego la segunda parte de la leyenda reservada al premio de la llegada. Según ésta, el Niño Jesús ofreció en recompensa al futuro santo: «Planta tu bastón y florecerá» como promesa de que al árbol español habrían de salirle nuevos brotes...

### **Los barcos de la Carta**

El uso de banderas y escudos para identificar soberanías venía siendo tradicional en mapas y portulanos; con fines similares y complementarios de éstos la Carta introduce otra novedad: la de jalonar los descubrimientos portugueses y españoles con barcos de la época que utilizaban las banderas, estandartes y gallardetones de su nacionalidad.

Hasta siete carabelas y dos naos con la enseña de Portugal señalan la ruta de la India; en las tierras occidentales figuran otras dos naves castellanas.

Las primeras aparecen como los barcos de menor porte y envergadura, idóneos para orzar y capear que conocemos por referencias y reproducciones.

En los dibujos del mapamundi se aprecia claramente su casco raso y largo de formas, su menor calado, su carencia de alcázar aunque no de notable castillo y su aparejo latino, cuyo palo mayor situado prácticamente en el medio muestra una verga tan larga como el propio barco con su extremo inferior (carro) siempre hacia adelante, y uno o dos palos más cortos a popa; sin bauprés, trinquete, ni masteleros, con una sola cubierta y popa llana.

Las naos presentan mayor porte y superestructura, sendos castillos alterosos, beque saliente y mayor lanzamiento de la roda en lugar de la curvatura regular en cuarto de círculo de las carabelas y aparejo redondo, limitado a grandes palos «machos» o de una sola pieza, cargados de jarcia, y con «gavias» o cofas circulares en su extremo superior. El palo mayor dispone de vela cuadra o «papahigo», con dos apéndices o «bonetas» que se añadían conforme se izaba la verga, el bauprés era de cebadera y el mesana de vela latina.

La carabela es el barco de los descubrimientos; de las carabelas portuguesas de las que afirmaría el veneciano Cadamosto tras su viaje a África de 1456 que eran los mejores buques que andaban por el mar, pudiendo navegar en cualquier parte.

La nao es el buque de las empresas comerciales, por ello a la altura de los rótulos informativos de África y Asia, que marcan los límites de los descubrimien-

tos de los reinados de Juan II y Manuel I, el Afortunado, aparecen las primeras, mientras que las dos naos portuguesas del Índico marcan la ruta comercial que haría de los sucesivos monarcas «senhor da conquista, navegaçao e commercio da Ethiopia, Arabia, Persia e India».

Las naos castellanas no figuran ante el límite de lo descubierto por el Oeste ni junto al rótulo que señala el descubrimiento del Brasil por Vicente Yáñez Pinzón sino, fondeadas y con el velamen aferrado, frente al último tramo de costa señalado de nombres y, marcando el lucrativo comercio de las perlas, pese a que, de hecho, las exploraciones de esta zona se llevaron a cabo con toda probabilidad con carabelas.

En el diseño y arboladura de las naos se fundaría Fernández Duro para la reconstrucción de la *Santa María* del IV Centenario del Descubrimiento, mientras que Julio Guillén basaría su versión de la histórica nave en carabelas de mayor tonelaje y aparejo redondo. Este mismo autor se inspiraría en las dos carabelas «portuguesas» de tres palos de la Carta para su versión de la *Pinta*.

Resulta difícil de apreciar el diferente tamaño y tonelaje entre carabelas y naos, ya que en el plano no aparecen a igual escala; baste con señalar que el tonelaje habitual de las carabelas sencillas era de entre 50 y 60 toneladas de desplazamiento, con una eslora de entre 70 y 75 pies, y unos 25 pies de manga.

Además de las naos y carabelas, la carta de Juan de la Cosa muestra dos reproducciones de un extraño barco de un sólo mástil, de proa y popa indiferenciadas o de dos rodas, del tipo de los denominados «navíos de pozo», situado uno frente al golfo Pérsico, y otro frente a Ceilán.

Ambos son muy similares, de buen tamaño, sin duda pretenden representar tipos de la zona donde, pese al numeroso tráfico, no se habían desarrollado ni perfeccionado como en el mundo occidental, ya que el anticuado palo único muestra dificultades para maniobrar con una sola vela cuadra, sin dividir la superficie vélica.

La primera de las naves marca una zona de gran actividad mercantil cercana a Ormuz (Curmóa), ciudad estratégicamente situada que controlaba todo el comercio de paso hacia y desde el golfo Pérsico, en el lugar que hoy día ocupa Minab, puerto en el que los portugueses habían puesto ya los ojos aunque no conquistarían hasta 1515.

La situada en la costa hindú, del mismo tipo mercante que la anterior, bien podía depender de «zamorín» o «rey del mar» de Calicut, máxima potencia marítima de la zona,

## Las ciudades y las banderas

La decoración interna de la carta de Juan de la Cosa incluye perspectivas o panorámicas de ciudades de notable primor e interés.

Entre las diversas representaciones urbanas de la Carta se distinguen las ciudades propiamente dichas y dibujadas como tales, de las fortalezas, palacios y torres que, pese a tratarse en la realidad o en la tradición también de auténticos núcleos urbano, el autor ha querido darles esa característica singularizada.

Las ciudades europeas, buena parte de las asiáticas y alguna africana, aparecen como conjuntos arquitectónicos, respondiendo varias de las primeras características reales; así vemos que Génova muestra su bien protegido puerto, la papal Aviñón su muralla medieval característica, en la española Valencia su mala conservación permite sin embargo entrever la torre del Miguelete, mientras que de Granada se muestra su significativo Albaicín.

Para las ciudades desconocidas, se suele reservar castillos y palacios singulares, más o menos complejos y grandes, a los que se trata de dar a veces una traza exótica o inspirada en las semiesféricas cúpulas musulmanas.

De otras pocas se dibuja únicamente el edificio que más las caracteriza, así La Mina, colonia portuguesa de África, aparece como una gran fortaleza y la egipcia babel se recuerda en forma de torre, curiosa mezcla con la Babel bíblica, que por ser musulmana, adopta forma de gran minarete, ya que en realidad se trata del El Cairo, ciudad de los sultanes mamelucos que gastaban llamarse soldanes de Babilonia desde Al Achraf Jalil (1290-1293).

A fin de destacarlas, el iluminador traza una franja verde en su base, a modo de subrayado y para sentarlas sobre el terreno, en acertada combinación con el ocre de las edificaciones y el rojo de sus techumbres.

Pese a que no existe un criterio único para la selección de ciudades representadas, según las zonas, prevalece lo tradicional sobre lo importante o lo novedoso sobre lo económico.

Algunas urbes como Babel, Alejandría, Aviñón, Toledo y Granada, recuerdan hechos históricos y culturales (el origen de las razas humanas, el Helenismo, el Cisma de Occidente, la conquista de los godos y la Reconquista española), que se venían repitiendo sistemáticamente en la tradición decorativa portulana.

En otras ocasiones, la razón de su presencia estriba en la importancia comercial antigua o moderna de la plaza; así Alejandría, Génova y Sevilla, sirviendo como complemento didáctico a la mostrada expansión portuguesa y española.

La mayor parte de las ciudades dibujadas en África y Asia son aquellas de las que se a recibido referencias por los diferentes viajeros, y no tienen otro obje-

to que el de ubicarlas un tanto a ciegas y contribuir a llenar con ellas los espacios con escasa información de otro tipo. Como en el continente europeo los espacios libres son menores, los dibujos urbanos se reducen notablemente, mientras que África y Asia permiten su desarrollo, representándose grandes estructuras o complejos arquitectónicos.

En ocasiones, los dibujos corresponden más bien a regiones que a ciudades, probablemente porque se desconoce el nombre de la capital de las mismas.

En Europa se identifican Toledo, Sevilla, Balensia, Abynon, Zenua, Praga y otras dos grandes ciudades danubianas que pueden corresponder a Viena y Buda. Sobre el gran rótulo EUROPA, otra gran ciudad inidentificable.

En Asia se dibujan hasta 11 ciudades sin características reales, correspondientes a zonas y reinos no conocidos, sino por las referencias de los geógrafos clásicos. Sólo Calicut y una ciudad de Arabia que aparece corresponder a La Meca, responden a verdaderas urbes.

En África las representaciones de ciudades son también hipotéticas en su mayor parte. De un total de 15, sólo los castillos portugueses de Arguim y Mina, Babilonia-El Cairo y Alejandría, son identificables.

Es de destacar junto a la cordillera del Atlas, en el Sahara, en la región que la Carta denomina mauretania, un pequeño castillo rodeado por un río ficticio que va a desembocar al mediterráneo, que parece responder a la interpretación pictórico de un oasis, etapa en la ruta comercial terrestre Guinea-Berbería.

Las banderas venían siendo desde los primeros portulanos medios artísticos de señalar soberanías, empleándose en sus muy variadas formas: banderas cuadradas y rectangulares, flámulas, gallardetes, gallardetones...; en la carta de Juan de la Cosa, mapa fundamentalmente político, no podía ocurrir otra cosa.

La mayoría de las banderas representadas son cuadradas, aunque muchas presentan el lado exterior recortado, en punta truncada, ovalado o con flecos, y algunas son largos gallardetones navales.

Su principal misión es la de determinar la extensión de los territorios de los grandes bloques en conflicto: del lado cristiano las potencias precoloniales: España, Portugal e Inglaterra; del lado musulmán todo el bloque representado por los seguidores del Profeta.

Secundariamente, se señalan las banderas reales de ciudades o reinos conocidos y las imaginarias de algunos desconocidos.

Algunas de estas banderas varían, si no en sus distintivos sí en el color, en algunas zonas, como las correspondientes a las Azores (cuadro de gules sobre fondo de oro), a las de las islas de Madeira y Cabo Verde (gules sobre fondo negro), y a los gallardetes de las dos naves que inician y terminan respectivamente la ruta naval y que son de escudetes sobre fondo azul.

La bandera castellana, cuartelada de castillos de plata sobre campo de gules y leones de gules rampantes asiniestrados, en plata, enseña por primera vez el Albaicín granadino, como símbolo de la Reconquista, en el lugar en el que los anteriores mapas decorados como los de Abraham Cresques (1375) y Maciá de Viladestes (1413) colocaban la larga y estrecha enseña con letras arábigas en oro de sus sultanes.

En su versión alterada de leones y castillos, jalona los nuevos descubrimientos, insulares y continentales, a occidente.

Las islas de Cuba, Yumay, Haití y la Española ostentan este pabellón, que también jalona la costa del subcontinente americano con localización al oeste del cabo de la Vela, a la altura de la isla Margarita, en la *mar duce*, y dos más en el desconchón del territorio correspondiente a la *costa plaida*.

Dos naos con sus banderas en el tope, ocupan el litoral desde el r de arboleos al cabo descubierto por Vicente Yáñez.

La zona americana descubierta por los ingleses tienen cinco banderas de las que sólo tres conserven sus colores primitivos: cuarteladas, con el primer y cuarto cuartel de tres flores de lis sobre fondo azul y en los otros dos, tres leones decorados sobre fondo rojo.

El *cavo de ynglaterra*, la *isla de la trenidat*, el *c de s luzia* y otras dos localizaciones sin nombre, son los lugares donde campean.

En el Viejo Continente aparecen otras banderas, la mayoría de las cuales son de difícil atribución.

En la costa norte del mar Báltico, a la altura correspondiente a los Topónimos *fiminaito* y *moncoliu* figuran sendas banderas cuarteladas de las que la segunda está por iluminar, cuyos colores actuales tienden al negro y plata, que son los mismos que aparecen en *frislanda* y parecen pertenecer al reino de Suecia o a la Unión de Kalmar.

## Reyes y figuras

Porrazones de espacio, tampoco se decora el interior de Europa con reyes, excepción hecha de Noruega (Rey de noruega) y las regiones que más tarde se integrarán en la Rusia europea (rey nómada no identificado y Rey de Rusia), mientras que en África y Asia se representan diversos tipos de monarcas, conocidos (históricos, legendarios o de la época) y supuestos.

Entre los primeros, se distingue en África a Alejandro Magno, en pie ante su trono y coronado junto a su ciudad, Alejandría, como tradicional homenaje al mayor imperio oriental de la antigüedad clásica y a uno de sus mayores viajeros;

y también al preste Juan, colocado en el interior, en el margen izquierdo del Nilo, entre las etiopías y la Pentápolis. Este último aparece revestido con vestiduras sacerdotales y tocado con mitra de obispo (símbolo de su doble carácter temporal y religioso), rompiendo con la tradición de situarlo, como Marco Polo, en las regiones asiáticas de Tenduc, porque ya la expedición terrestre de Pedro de Corvilham ha tomado contacto por cuenta de Juan II de Portugal con el Negus abisinio al que se identifica con aquél, sin caer en la cuenta de que el veneciano se refería a un príncipe-sacerdote nestoriano de la Tartaria (Preste por presbiter, es decir sacerdote, y Juan como deformación de khan), derrotado por Gengis Khan.

Junto al castillo de San Jorge de la Mina, una extraña representación real con una cabeza mostruosa (¿máscara ceremonial?), sin terminar, que en probabilidad es el jefe local sometido a Portugal, del que Las Casas recoge el nombre: «Es fortaleza hizo en el reino de un Rey negro, que se llamaba Caramansá»<sup>3</sup>.

Junto al río *archatado* y *gran*<sup>4</sup>, un Rey aethiopiae, que corresponde al del Congo o Manicongo a la sazón sometido a la influencia portuguesa.

Sobre la Ethiopia austral, otro monarca con caracteres claramente negros y tocado con un curioso sombrero de bola.

Más al Norte, un misterioso *Rey sarraceno* aparece blandiendo una espada, sentado a la turca sobre un cojín y un *Rey Melli* con un singular cetro, en la mauretania; un *Rey boge* de buen tamaño que bien puede representar al monarca de Tombuctú, en plena ruta caravanera y armado de espada y de la típica adarga acorazonada de la morisma, sobre la nubia; y un *Rey ethiopia* en su tienda al sur de Libia, completan los soberanos africanos representados.

En Asia Menor otro monarca, con el globo que refleja su condición imperial y un gran alfanje, representa al sultán turco.

En la Arabia central, la única reina del mapamundi, la de Saba, aparece de pie, coronada, con amplio manto verde y esgrimiendo en la diestra una espada curva o cimitarra. En su representación se mezclan la tradición bíblica de la rica visitante de Salomón y las leyendas sobre mujeres guerreras o amazonas cuya influencia aparece también en diversas partes del plano y en forma de topónimos.

Como antítesis de todos los grandes del mundo pasados y del momento que aparecen en mayestáticas posturas, se representa con toda sencillez y en menor tamaño, el misterio de la Navidad, junto a *belén*.

Procedentes de las regiones más orientales de Persia, caminan los tres Reyes Magos hacia Palestina, cruzando Mesopotamia; van sobre caballos de bridas

<sup>3</sup> DE LAS CASAS, B.: *Historia de las Indias*. Tomo I, pág. 208.

<sup>4</sup> Otros investigadores creen leer «arebatado y Gran».

y arreos castellanos, sentados «a la amazona», montura ideal para los viajes largos. Los tres sostienen en sus diestras copones cubiertos que, para simbolizar la riqueza de su contenido, van miniados en oro.

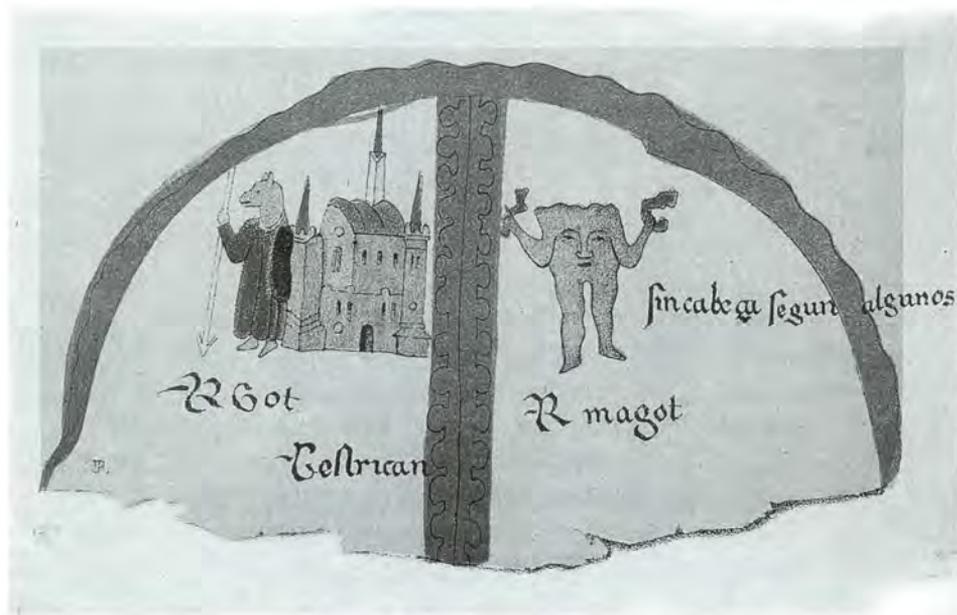
En el curso medio del Indo, un rey de estilo ya repetido y sin ninguna indicación, preside la región de los trogloditas; más abajo, en la desembocadura, una imagen mucho menor, tocada de turbante y desarmada, representa al Zamorín o príncipe de Calicat y de la Costa Malabar, con quien Vasco de Gama ha establecido contacto.

Entre el Indo y el Ganges, otro rey de vestimentas claras, tamaño general y aspecto pacífico, sostiene en sus manos un papagayo.

En el verde triángulo que disimula el dudoso contorno de la *ysla trapobana* otro reyezuelo sedente, con adarga y sombrero, domina esta parte del mundo.

Ocupando las extensas zonas interiores de Asia, se suceden en sus tiendas de campaña, que parecen querer mostrar su condición de nómadas, el *Rey bersebi* al norte de Malec; el Rey ganbaleque en Ganbel; el Rey Salla de Aria y el Rey de sabuq, cuyos alojamientos con fondo enladrillado parecen indicar construcciones más permanentes; el *Rey tártaro* con su casco de guerra y *rey Grandian* de la *tartaria setentrional*.

Como en el Atlas Catalán de Abraham de Cresques, el autor de nuestro mapamundi sitúa los reyes y reinos de Gog y de Magog en los confines de China.



Los reinos de Gog y de Magog en la carta de Juan de la Cosa.